



LA DEMOCRACIA MEDIOAMBIENTAL

PRESERVAR NUESTRA PARTE DE NATURALEZA



Éric Pommier

LECTURAS ESCOGIDAS

puf



EDICIONES UC

LA DEMOCRACIA
MEDIOAMBIENTAL
PRESERVAR NUESTRA
PARTE DE NATURALEZA

LECTURAS ESCOGIDAS

EDICIONES UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Vicerrectoría de Comunicaciones y Extensión Cultural
Av. Libertador Bernardo O'Higgins 390, Santiago, Chile
editorialedicionesuc@uc.cl
www.ediciones.uc.cl

**LA DEMOCRACIA MEDIOAMBIENTAL.
PRESERVAR NUESTRA PARTE DE NATURALEZA**

Éric Pommier
Traducción: Pablo Fante

La démocratie environnementale - Préserver notre part de nature.
© Presses Universitaires de France/Humensis, 2022.

© Inscripción N° 2022-A-5472
Derechos reservados
Junio 2022
ISBN N° 978-956-14-2976-5
ISBN digital N° 978-956-14-2977-2

Diseño: Francisca Galilea R.

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com.

CIP-Pontificia Universidad Católica de Chile
Pommier, Éric, autor.
La democracia medioambiental: preservar nuestra parte de naturaleza / Éric Pommier.
Incluye notas bibliográficas.
Ontología.
Responsabilidad ambiental.
Tít.
2022 111+ DDC23 RDA

LA DEMOCRACIA
MEDIOAMBIENTAL
PRESERVAR NUESTRA
PARTE DE NATURALEZA

ÉRIC POMMIER



EDICIONES UC

A mi hermano Alain y a Yolanda, engagés.

Índice

INTRODUCCIÓN

Capítulo I. Enfoque social de la responsabilidad

- § 1. La técnica moderna y el sujeto de la responsabilidad
- § 2. Materializar la responsabilidad
- § 3. El modelo de la conexión social de Iris Marion Young

Capítulo II. La responsabilidad debatida

- § 4. La necesidad de un nuevo imperativo de responsabilidad
- § 5. Debate sobre el *principio de responsabilidad*
- § 6. Justificación pragmático trascendental del deber de responsabilidad
- § 7. Crítica de la crítica
- § 8. La responsabilidad en la justicia

Capítulo III. Hacia la definición de una democracia medioambiental.

Responsabilidad y deliberación

- § 9. La aporía política del *Principio de responsabilidad* de Hans Jonas
- § 10. El cuestionamiento del régimen democrático contractualista a la luz del Principio de responsabilidad
- § 11. La responsabilidad de deliberar
- § 12. La deliberación como realización del principio de responsabilidad

Capítulo IV. De la comunidad biótica a la Tierra: fundar el deber ecológico

- § 13. El problema del valor de la comunidad biótica

§ 14. La ética medioambiental puesta a prueba por la crisis climática

§ 15. De la responsabilidad por la Tierra y la humanidad al problema de la relación

§ 16. El mundo de los contenidos concretos

§ 17. Hacia el principio de la realización de sí mismo (*Self-Realization*)

CONCLUSIÓN

NOTA BIBLIOGRÁFICA

AGRADECIMIENTOS

Introducción

De la impotencia ética al poder político

Se podría expresar cierta decepción al observar la aparente falta de eficacia de varias décadas de discursos generados por la ética medioambiental. Y produce aun más confusión porque la vocación propia de esta disciplina no es quedarse en el simple plano del análisis teórico, sino que invitarnos a reorientar nuestras acciones en el sentido de un mayor respeto de los seres vivos, los ecosistemas y la naturaleza en general. El malestar que se siente ante nuestra incapacidad para renovarnos es cada vez mayor, a pesar de los esfuerzos de la ética para ampliar el campo de nuestras preocupaciones morales, porque no se trata de preservar la naturaleza, sino también, y quizá, sobre todo, preservarnos a nosotros mismos ante el riesgo de una posible destrucción. ¿La devastación de la naturaleza no sería acaso una forma de suicidio para la humanidad?

Ciertamente, como Eugene Hargrove en «*What's wrong? Who's to blame?*»¹, se podría señalar la necesidad de abordar aún más los problemas medioambientales en el campo universitario, allí justamente donde los estudiantes se han de formar sobre la gobernanza pública. Así, convendría reducir la brecha entre un mundo político obsesionado por una economía «libre de valores» y una ética medioambiental de influencia demasiado limitada. Se puede considerar, además, como lo recomienda David

Johns en «*The ir/relevance of environmental ethics*»², que le corresponde al ético medioambiental adaptar y simplificar su discurso, aprendiendo a conmover para movilizar más a la opinión pública y así extender su rango de influencia. Se trataría de convocar los sentimientos y utilizar estratégicamente las creencias de los interlocutores para captar su atención y consideración. Se aplicaría una retórica astuta al servicio de los desafíos medioambientales y, al respecto, relatos evocadores y *storytelling* serían sin duda las claves del éxito.

Aunque no se puede ignorar el interés de ambas proposiciones –la que pretende educar al individuo (en particular, al futuro responsable público) para que tome en consideración normas y elementos éticos complejos, y la que apuesta por rebajar el ideal ante las condiciones retóricas para que sea aceptado por la conciencia ordinaria–, hay que reconocer que cierta impotencia del discurso medioambiental no depende únicamente de su falta de propagación en el *cursus studiorum* (en particular, el de los futuros dirigentes políticos), o de su complejidad, justificando con esto que el filósofo se vuelva educador u orador. Bajo este último punto de vista, aunque se puede esperar del filósofo (en este caso, el ético) que actúe como un intelectual y que cree entonces las condiciones para que lo universal se vuelva accesible para la mayoría, sin embargo, no debe ser confundido con el sofista o el simple orador, para quienes el fin justifica los medios. No se trata de seducir o persuadir a una multitud, de llegar superficialmente a las conciencias, sino más bien de convencer racionalmente a un público, e incluso a un pueblo, sobre la importancia de los temas medioambientales. La retórica de la emoción o el sentimiento produce efectos versátiles y cambiantes, y no una adhesión profunda y fundada. No busca unir en torno a

la búsqueda de cierta verdad o volver consciente de la realidad. En ese caso, sería mejor que el filósofo se vuelva educador, y Eugene Hargrove tendría razón en subrayar la necesidad de abordar más las esferas de la economía y la política para hacer cambiar las representaciones de los responsables políticos hacia una apreciación más exacta de los problemas del mundo contemporáneo, que están relacionados con la naturaleza e implican valores. Esto equivaldría a creer que los móviles del cambio se reducen a la educación correcta de una élite (política económica) refractaria al cambio, sin analizar con mayor profundidad los frenos y obstáculos para la transformación social que pueden imponerse a las propias élites.

Ciertamente, no se debe sobreestimar la supuesta impotencia de la ética medioambiental, como si esta no hubiera logrado aportar nada a la toma de conciencia de los problemas ecológicos que marcan nuestra época. De hecho, hoy no estamos en la misma situación que hace algunas décadas. Sin embargo, e independientemente de su valor teórico propio, quizá no sería injusto reconocer que su falta de eficacia proviene de una interrogación insuficiente sobre el carácter problemático de la acción colectiva. Como lo escribió Hans Jonas en 1983: «La ética medioambiental naciente [...] es la expresión aún indecisa de esta extensión de nuestra responsabilidad, que corresponde por su parte a la ampliación sin precedentes del alcance de nuestras acciones»³. En otros términos, para ser correctamente planteada, la pregunta medioambiental debe hacerse sobre todo en términos de *responsabilidad* con respecto a las consecuencias de nuestras acciones, en cuanto afectan a la naturaleza en su conjunto. En este sentido, la ética medioambiental «histórica» no sería sino el preludio de una ética de la responsabilidad, que sería la

única con la madurez suficiente para medir el tipo de problemas que hoy debemos afrontar.

Las dificultades para encarnar los resultados de la ética medioambiental requieren una reflexión sobre la lógica de la acción colectiva y, más precisamente, sobre la técnica. No comprendamos con esto la simple preocupación de la eficacia o la organización. No comprendamos con esto el uso de la razón instrumental o la capacidad para implementar los medios pertinentes para lograr un objetivo determinado. Habrá que volver a esto (ver § 1), pero señalemos desde ya que se trata más bien de reconocer que la técnica es nuestro modo de ser privilegiado y casi unilateral y que, desde este punto de vista, vuelve casi «impensable» o «insensata» cualquier otra forma de actuar en el mundo. No hay que sorprenderse de este éxito, porque es la fuente misma de un poder de alcance planetario. Pero tampoco habría que subestimar los problemas que ha conllevado. Su universalización significa la globalización del peligro. La naturaleza por preservar ya no es simplemente una naturaleza salvaje o extraordinaria: es una naturaleza común, aquella con la que estamos en contacto todos los días. Ya no hay que cuidar una provincia determinada del universo: es la Tierra misma la que requiere nuestra atención. A la acción técnica universalizada hay que agregar una acción ética más esencial, necesaria para su regulación. Como nuestra hiperpotencia técnica es la que podría explicar nuestra impotencia ética, es indispensable tomar en cuenta las condiciones necesarias para una ética adaptada a la era tecnológica⁴.

En efecto, el problema de la naturaleza se ha vuelto como nunca nuestro problema, y *su* preservación *nuestra* preservación. Aunque es una intuición que requiere mayor meditación (ver § 17), se nos hace difícil negar que «una

vida extrahumana empobrecida, una naturaleza empobrecida significa también una vida humana empobrecida»⁵. *Sol verde (Soylent Green)*, dirigida por Richard Fleischer y estrenada en 1973, nos sitúa en la ciudad de Nueva York en el año 2022. Nos encontramos en un mundo dominado por la contaminación, sobrepoblado, con un clima recalentado por el efecto invernadero. La industrialización llegó a destruir prácticamente toda huella de la naturaleza, salvo una modesta reserva de árboles en la ciudad, algunas granjas ultraprotegidas y el océano. Esta destrucción casi completa del medioambiente plantea sobre todo el problema de la alimentación. La comida tradicional se ha vuelto sumamente escasa y su valor es extremadamente elevado. Un pedazo de carne de res es una pieza excepcional que solo los ricos pueden permitirse a veces, mientras que el grueso de la población se alimenta con productos sintéticos. De hecho, la película comienza con el lanzamiento de uno de estos productos, el Soylent Green, fabricado a base de plancton, y que debía asegurar las necesidades alimentarias de la población. La devastación medioambiental es acompañada por una división de la humanidad en dos grupos. Por un lado, los ricos y poderosos, que gozan de condiciones materiales favorables y tienen acceso al agua y lo que queda de comida orgánica. Por otro lado, los pobres, sin empleo y hambrientos, lo que motiva disturbios de hambre; por lo demás, son reprimidos con retroexcavadoras que los arrojan a un camión volquete, tratándolos como desechos. Ciertas mujeres pueden escapar a la precariedad material, pero a condición de ser tratadas como «mobiliario» (*furniture*), poniéndose completamente al servicio del arrendatario del momento. Pertenecen efectivamente al edificio.

La historia de esta película se centra en la investigación del detective Frank Thorn (interpretado por Charlton Heston), a cargo de dilucidar el asesinato de un hombre rico, Simonson, miembro del consejo de Soylent Industries, la empresa que fabrica los productos sintéticos necesarios para la alimentación mundial. Gracias a Shirl, el «mobiliario» de Simonson, Thorn se entera de que este se había confesado con un sacerdote poco antes de su muerte; sin embargo, el sacerdote se niega a revelar el contenido de esta confesión. En paralelo, el viejo Roth, con quien Thorn comparte su departamento, lee los informes de la actividad de la empresa Soylent que Thorn había recuperado donde Simonson. Roth, que cumple la función de «*book*» (lector), como es llamado en la película, se dirige al Intercambio (un consejo de lectores instruidos) para compartir con otros *books* el análisis del contenido de los informes de actividad. Conmocionado por el descubrimiento de la verdad, se dirige a una institución de suicidios asistidos donde el anciano, en su lecho de muerte, puede seguir una película de unos veinte minutos que le presenta la Tierra tal como era en el pasado. En la pantalla desfilan escenas de animales, hermosos paisajes, imágenes de torrentes, etc. Thorn se entera demasiado tarde de la decisión de su amigo, pero justo a tiempo para que Roth le comunique el secreto que el gobernador de Nueva York y la empresa Soylent intentaban esconder, y por el cual Simonson, tentado de revelarlo, había sido asesinado...

Escondido en uno de los camiones que transportan los cadáveres evacuados de la institución que aplicó la eutanasia a Roth, Thorn llega hasta una fábrica donde se descargan los cuerpos. El detective descubre entonces que el Soylent Green es fabricado a partir de cadáveres. El océano muere, ya no hay más plancton. Perseguido por un agente del gobierno para ser eliminado, Thorn logra

sobrevivir. Herido, conmocionado, pero ayudado por su jefe, grita «*Soylent is people!*» y llama a denunciar las actividades de Soylent Industries.

La historia de este «triunfo» de la humanidad, que puede prescindir de la naturaleza gracias a la técnica, sin embargo, la lleva a perderse a sí misma a través de una pérdida de la naturaleza, condición de su inscripción terrestre que es esencial para su desarrollo. Al destruirla, la humanidad se devora a sí misma –en esta película, en un sentido literal. Es una humanidad degradada, cosificada, antropófaga, que perdió el sentido de la dignidad y que procede de la depredación medioambiental. Tal como lo teme Thorn, la próxima etapa sería de seguro la crianza de un ganado humano destinado a alimentar a «la humanidad», y esta de hecho no podría ni siquiera apelar a otras condiciones de vida, no solo porque sería «materialmente» imposible volver atrás, sino también porque ya no cuenta con la experiencia de su condición terrestre y que ya ni siquiera puede imaginarla (ver § 10). De hecho, es lo que manifiesta Thorn al ver las imágenes de la Tierra en el cine del hogar para moribundos.

No obstante, no hay que lamentarse *a priori* por el aumento del poder de la técnica. Aunque la artificialización global y fatal que produce es deplorable –y obviamente intolerable tal como se presenta en *Sol verde*–, la universalización de la humanidad que permite de manera concreta no es negativa en sí misma. Gracias a ella el hombre accede a la posibilidad de una conciencia de carácter planetario, la posibilidad de un destino realmente compartido. La técnica permite una mundialización de la humanidad al globalizar los problemas que debe afrontar. Sin embargo, no hay que confundir este efecto de *mundialización* con la exigencia de una *cosmopolitización* de la humanidad. La primera es automática, se basa en el

régimen unilateral de la racionalidad técnica (o el ser técnico), efectúa una universalización homogeneizadora de facto y nos lleva, como hemos sugerido, a una forma de autodestrucción, cada vez menos lenta, por no prestarle una atención suficiente a nuestra condición natural. La segunda es justamente lo que falta por construir -es el objetivo de este ensayo- para regular la acción colectiva técnica según una concepción realmente concreta de la humanidad, respetuosa de sus diferentes formas y del habitáculo terrestre.

Como el plan de la ética por sí solo no basta para entregarle la fuerza necesaria a una acción colectiva orientada ecológicamente, todo ocurre como si, por primera vez en la historia humana, el problema de la democracia pudiese ser realmente central para la humanidad, en cuanto recurso vital para su conservación y extensión. Como el problema medioambiental se ha vuelto el problema vital de la humanidad *en cuanto humanidad*, y (como esperamos mostrarlo) si solo una democracia de envergadura cosmopolítica puede hacerse cargo de este desafío, entonces esta efectivamente debe poder convertirse en el asunto principal de nuestra época. Por cierto, existe la tentación de entregarle a la técnica las llaves de nuestra salvación, ya sea pretendiendo intervenir directamente los equilibrios planetarios para preservarlos (por ejemplo, con la geoingeniería y su anhelo de contener las tasas de dióxido de carbono), ya sea modificando al hombre (se trataría entonces de una antropoingeniería) para que las fallas de su voluntad sean compensadas por una reconfiguración técnica (genética) de su ser⁶. Pero tales «soluciones» no serían más que una forma de avalar la renuncia de la humanidad a ser sí misma, una manera de huir de su condición natural. En vez de reconocerse capaz de preservar las condiciones naturales de su existencia, se

entregaría a esta impotencia adquirida, se mostraría incapaz de modificar las condiciones que la llevan a su perdición, al punto incluso de arrojarse a esta perdición considerando su reconfiguración genética. No se podría expresar mejor la desesperanza a la que podría llevarnos el fracaso de la cosmopolítica democrática.

Pero aún nos falta establecer la necesidad de esta política, y tal es el objetivo de este libro. En un primer momento, siguiendo la inspiración del filósofo Hans Jonas, formulamos el problema de la técnica tal como parece sobredeterminar la lógica de la acción colectiva e imponer un nuevo imperativo de responsabilidad para la vida y las futuras generaciones. Abordar el problema en estos términos nos parece un sólido punto de partida para una reflexión sobre la efectividad de la ética medioambiental porque, desde un inicio, permite plantearlo desde lo que parece ser la causa del desastre en curso y señala al mismo tiempo el camino para una solución: una ética de la responsabilidad atenta a la naturaleza y la humanidad en su desarrollo temporal. Por lo mismo, y es el sentido de este primer capítulo, nada se dice aún sobre el sujeto capaz de tal responsabilidad; y, con este objetivo, habrá que interrogarse si no podría ser hallado en una cierta forma de generar comunidad, de reconocerse responsables cada cual individualmente de las consecuencias colectivas de nuestras acciones.

Pero, suponiendo que así fuera, ¿no haría falta entonces darle un lugar muy particular al *debate*, ya que es a través de este, como veremos en el segundo capítulo, que se puede reivindicar el deber de justicia, y no solo de responsabilidad? En efecto, ¿de qué sirve la responsabilidad para el futuro del hombre y la naturaleza si esta lleva a excluir la exigencia de *progreso*, tanto en el plano material de la justicia social como formal? De hecho,

¿se pueden pensar las instituciones de la responsabilidad - condiciones de la efectividad de la nueva ética- para que esta se encarne en el campo social sin un procedimiento deliberativo? Llegaremos incluso a preguntarnos, examinando los análisis de Karl-Otto Apel, si no es finalmente el debate argumentado el que debiera servir de fundamento para la responsabilidad.

Estas dos etapas previas nos permitirán proceder a un tercer capítulo, que constituye el centro de este libro, y que reformula al mismo tiempo (gracias a los elementos adquiridos en los dos capítulos anteriores) el problema con que comenzamos, en la órbita de Hans Jonas. Aunque pretende dotar al poder público de una ética de la responsabilidad capaz de afrontar los desafíos ecológicos, en su obra no se encuentra una definición clara del poder público... Ciertamente, existe una ética que se pone a disposición de lo político, pero aun así falta una política. Se podría considerar entonces: o bien que la exigencia de responsabilidad es un anhelo piadoso, una utopía irrealizable que en el fondo no sirve de nada y que incluso resultaría perjudicial querer realizarla políticamente; o, por el contrario, que son nuestras democracias las que aún no están a la altura de esta exigencia, lo que no significa que haya que abandonar la democracia en provecho de un gobierno autoritario, sino más bien que se debe avanzar en un sentido más favorable al medioambiente y las generaciones futuras. En realidad, esperamos mostrar que se debe a la vez someter el principio de responsabilidad a la crítica de la democracia, y someter la democracia a la crítica del principio de responsabilidad, para redefinirlos a uno y otro, y uno a través del otro. Equivale también a orientarse hacia una concepción cosmopolítica de la democracia que le otorga un lugar central a la deliberación, sin ignorar los roles decisivos de las

instituciones y las mediaciones jurídicas necesarias para esta evolución.

Pudimos detenernos aquí. No obstante, en el camino nos dimos cuenta de que nuestras proposiciones presuponían una cierta concepción ético ontológica del sujeto que merecía ser explicitada, tematizada y redefinida. El análisis de la dimensión *política* del sujeto responsable de la vida y las futuras generaciones, la exigencia de pensar la efectividad concreta de este sujeto, nos llevó a enunciar, de manera más implícita que explícita, ciertos elementos esperables sobre el modo de ser en el mundo del sujeto. Es este modo de ser, profundamente racional, que nos hizo falta describir en el último capítulo de este ensayo, insistiendo en el vínculo de responsabilidad que existe entre la humanidad y la Tierra.

CAPÍTULO I

Enfoque social de la responsabilidad

